

DOCE

1

Quizá le dejarían en paz si se tomaba otra copa. Gerry Fegan se decía esa mentira antes de cada lingotazo. Bebió un trago de Guinness negra y fresca para mitigar el ardor del whisky y depositó de nuevo la copa en la mesa. «Levanta la vista y comprobarás que han desaparecido», se dijo.

No. Seguían allí, mirándolo fijamente. Eran doce, contando el bebé en brazos de su madre.

Estaba muy bebido. Cuando su estómago no soportara más alcohol, dejaría que Tom, el barman, le acompañara a la puerta, y los doce seguirían a Fegan por las calles de Belfast hasta su casa, subirían la escalera tras él y entrarían en su dormitorio. Con suerte, y si estaba lo suficientemente borracho, perdería el conocimiento antes de que los gritos se hicieran tan potentes que no pudiera resistirlos. Era la única vez que los doce emitían un sonido, cuando estaba solo y a punto de conciliar el sueño. Lo peor era cuando el bebé rompía a llorar.

Fegan alzó su copa para captar la atención de Tom.

—¿No crees que ya has bebido bastante, Gerry? —preguntó el barman—. ¿No es hora de que te vayas a casa? Todo el mundo se ha marchado.

—Una más —respondió él, borracho, tratando de no arrastrar las palabras. Sabía que Tom no se negaría a servírsela. Pese a haberse dado a la bebida, Fegan seguía siendo un hombre respetado en Belfast Occidental.

Efectivamente, Tom suspiró y de una botella con dispensador vertió licor en un vaso. Llevó el whisky a la mesa y contó las mo-

nedas que había sobre la manchada superficie. Al alejarse la viscosa capa de cerveza rancia y mugre que cubría el suelo se pegó a las suelas de sus zapatos.

Fegan alzó la copa y brindó por sus doce acompañantes. Uno de los cinco soldados que había entre ellos sonrió e hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento. Los demás se limitaron a observar a su verdugo.

—Que os den —dijo éste—. Que os den a todos.

Ninguno de los doce reaccionó, pero Tom se volvió, meneó la cabeza y continuó hacia la barra.

Gerry miró a cada uno de sus acompañantes. De los cinco soldados, tres eran ingleses y dos pertenecían al Regimiento de Defensa del Ulster. Otro era un policía, con su uniforme de la Real Policía del Ulster limpio y almidonado, y otros dos eran lealistas, ambos miembros de los Luchadores por la Libertad del Ulster. Los cuatro restantes eran civiles que habían estado en un lugar inoportuno en el momento inadecuado. Fegan recordaba haberlos matado a todos, pero eran los civiles cuyos recuerdos gritaban con más fuerza.

Estaba el carnicero, con su cara redonda y su delantal ensangrentado. Fegan había dejado el paquete en su tienda y había sostenido la puerta abierta para dejar pasar a la mujer con su bebé en el cochecito. Se habían sonreído mutuamente. Él había sentido el calor abrasador de la explosión en el momento de montarse apresuradamente en el coche que estaba a punto de arrancar, la explosión que debía de producirse cinco minutos después de alejarse del lugar.

El otro era el chico. Fegan aún recordaba la expresión de sus ojos al ver la pistola. En esos momentos el chico estaba sentado a la mesa frente a él, taladrándolo con la mirada.

No podía sostenérsela, de modo que bajó los ojos. Unas lágrimas cayeron sobre la mesa, formando un charquito. Al tocarse las mejillas con las yemas de los dedos se dio cuenta de que había estado llorando.

—Joder —dijo.

Limpió la mesa con la manga y sorbió por la nariz. El ambiente acre del *pub*, denso como la pintura color pardo de las paredes, le atenazaba la garganta. Se enojó consigo mismo. No necesitaba ni merecía compasión, y menos autocompadecerse. Hombres más débiles que él eran capaces de vivir con lo que habían hecho. Él también podía hacerlo.

De pronto se sobresaltó al sentir una mano en su hombro.

—Ya es hora de que te vayas a casa, Gerry —dijo Michael McKenna.

Tom se dirigió al almacén situado detrás de la barra. McKenna le pagaba para ser discreto, para no ver ni oír nada.

Fegan sabía que el político vendría a buscarlo. Iba vestido con una chaqueta y un pantalón de buena factura, y sus elegantes gafas de diseño le daban un aire de hombre instruido. No tenía nada que ver con el adolescente con el que Gerry Fegan había correteado por las calles hacía treinta años. La fortuna le sonreía.

—No me he terminado la copa —respondió el terrorista.

—Pues bébetela y te llevaré a tu casa. —McKenna le sonrió, mostrando una dentadura blanca y regular. Se había arreglado los dientes para ofrecer un aspecto presentable ante las cámaras. La dirección del partido había insistido en ello antes de concederle la nominación para un escaño en la Asamblea. En un pasado no muy lejano, ocupar un escaño en Stormont contravenía la política del partido. Pero los tiempos cambian, aunque las personas no lo hagan.

—Iré andando —contestó Fegan—. Está a un par de minutos de aquí.

—No me cuesta nada —insistió el político—. Además, quiero hablar contigo.

Fegan asintió y bebió otro trago de cerveza negra. La retuvo en la boca al observar que el chico había abandonado su silla al otro lado de la mesa. Tardó unos instantes en localizarlo, desca-

misado y flaco como el día en que había muerto, acercándose sigilosamente a McKenna por detrás.

El chico apuntó a la cabeza del político. Simuló disparar contra él, moviendo la mano bruscamente como debido al culatazo. Movi6 los labios como si hiciera un gesto explosivo, pero no emiti6 sonido alguno.

Fegan apur6 su Guinness y mir6 al chico. De golpe irrumpi6 una imagen en su mente, un recuerdo tratando de hallar otro. El frío que había hecho presa en su corazón pulsaba al ritmo de sus latidos.

—¿Te acuerdas del chico? —pregunt6.

—Basta, Gerry —respondi6 McKenna en tono de advertencia.

—Hoy me encontré con su madre. Yo estaba en el cementerio y se me acerc6.

—Ya lo sé —dijo McKenna arrebatándole la copa de las manos.

—Dijo que sabía qui6n era yo. Lo que había hecho. Dijo...

—Gerry, no quiero saber lo que te dijo esa mujer. Lo que me interesa es lo que tú le dijiste a ella. De eso quiero hablar contigo. Pero aqu6 no. —El político apret6 el hombro de Fegan—. Vámonos.

—En realidad, ese chico no había hecho nada. No había dicho a la policía nada que ésta no supiera. No se merecía eso. Joder, tenía diecisiete años. No era necesario que nosotros...

McKenna tom6 la cara de Fegan con una mano mientras con la otra le agarraba por su escaso pelo, mostrando al animal que llevaba dentro.

—Cierra el pico —dijo entre dientes—. Recuerda con qui6n estás hablando.

Lo recordaba perfectamente. Al mirar esos ojos azules y feroces record6 cada detalle. Era el rostro que él conocía, no el que aparecía en televisión, sino el rostro encendido de satisfacción mientras golpeaba al chico con un martillo de orejas,

el rostro salpicado de gotas de sangre cuando el político entregó a Fegan la pistola de calibre 22 para que rematara al chaval.

Aferró las muñecas de McKenna y le obligó a soltarlo. Trató de reprimir su ira.

El político sonrió de nuevo mientras retiraba las manos de su rostro, pero no pasó de eso.

—Anda, vamos —dijo—. Tengo el coche fuera. Te llevaré a tu casa.

Los doce les siguieron hasta la calle, el chico pegado a los talones de McKenna. Éste había trepado muy alto en la jerarquía del partido, pero no tanto como para necesitar un escolta que le protegiese. No obstante, Fegan sabía que el Mercedes que relucía bajo la luz anaranjada de las farolas estaba blindado, a prueba de balas y de bombas. McKenna probablemente se sentía seguro al sentarse al volante del coche.

—Hoy es un gran día —comentó cuando arrancaron, dejando a los que los seguían observándolos—. Eché un vistazo a los despachos en Stormont, incluso elegí mi mesa... Quién iba a decirlo, ¿eh? Gente como nosotros instalados en la colina. Me las arreglé para que le dieran un puesto de secretaria a mi mujer. Los ingleses están invirtiendo tanto dinero en esto que casi me da vergüenza arrebatárselo. Casi.

McKenna miró a Fegan sonriendo. El otro no le devolvió la sonrisa.

Procuraba en la medida de lo posible no ver o leer las noticias, pero durante los dos últimos meses se había producido un huracán de cambios. Hacía tan sólo cinco meses, cuando un año dio paso al siguiente, habían dicho que era inútil; el proceso político no tenía arreglo. Luego habían movido montañas, habían firmado pactos, habían convocado otras elecciones, mientras las sombras acorralaban a Fegan. Unas sombras que cada vez con mayor frecuencia se convertían en rostros dotados de cuerpos, brazos y piernas. Ahora eran una constante, y no recordaba la

última vez que había logrado conciliar el sueño sin ahogarlas en whisky.

No se habían separado de él desde las últimas semanas que había pasado en la prisión de Maze, hacía poco más de siete años. Acababan de comunicarle la fecha de su excarcelación, impresa en un folio dentro de un sobre sellado, que Fegan había abierto con la boca seca. Los políticos que estaban fuera habían negociado su libertad, junto con la de centenares de hombres y mujeres. Los tipos como él eran calificados de presos políticos. No asesinos o ladrones, extorsionadores o chantajistas. No les consideraban criminales, sino víctimas de las circunstancias. Al alzar la vista de la carta vio a los que lo seguían, observándolo.

Fegan se lo contó a uno de los psicólogos de la prisión. El doctor Brady le explicó que se debía a su sentimiento de culpa. Era una manifestación, según dijo. Gerry se preguntó por qué la gente tenía la manía de no llamar a las cosas por su nombre.

McKenna detuvo el coche frente a la pequeña casa adosada de Fegan en Calcutta Street. Estaba flanqueada por dos docenas de casas idénticas de ladrillo rojo, pulcras e insulsas. Las sombras que lo seguían aguardaban en la acera.

—¿Puedo entrar un momento? —El político esbozó una sonrisa chispeante bajo la luz del interior del coche—. Es mejor hablar dentro, ¿no crees?

Fegan se encogió de hombros y se bajó del vehículo.

Los doce se apartaron para dejar que avanzara hacia la puerta. La abrió y entró en casa, seguido por McKenna y el cortejo, intercalado entre ambos. Se acercó al aparador donde había una botella de Jameson's y una jarra de agua y le mostró al político la botella.

—No, gracias —dijo McKenna—. A ti tampoco te conviene.

Fegan ignoró el comentario. Sirvió dos dedos de whisky en una copa y la misma cantidad de agua. Bebió un generoso trago y le indicó que se sentara.

—No, prefiero estar de pie —opuso el hombre. Lucía un excelente corte de pelo, tenía la piel tostada y cuidada; el único recordatorio de su antigua personalidad era una cicatriz debajo del ojo izquierdo.

Los doce se distribuyeron en la habitación, austeramente decorada, confundiendo con las sombras y a la vez distinguiéndose de las mismas, observando a los dos hombres de hito en hito. El chico no se separó de McKenna cuando se dirigió hacia una guitarra desencordada que había en un rincón. La cogió para examinarla a la luz.

—¿Desde cuándo tocas la guitarra?

—No la toco. Déjala en su sitio.

McKenna leyó la etiqueta dentro de la caja de resonancia.

—Martin. Parece antigua. ¿Qué hace aquí?

—Era de un amigo. La estoy restaurando. Déjala.

—¿Qué amigo?

—Un amigo que tenía en la cárcel. Por favor, déjala en su sitio.

McKenna volvió a dejar la guitarra en el rincón.

—Es bueno tener amigos, Gerry. Deberías valorarlos. Hacerles caso.

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó el terrorista sentándose en una butaca.

McKenna señaló la copa que sostenía Fegan.

—Para empezar, de eso. Tienes que dejarlo, Gerry.

Fegan le sostuvo la mirada mientras apuraba la copa.

—La gente aquí te admira. Eres todo un héroe republicano. Los jóvenes necesitan un referente, alguien a quien puedan respetar.

—¿Respetar? Pero ¿qué dices? —Gerry depositó la copa en la mesita de café. Sintió en su palma el gélido vaho y se frotó las manos, dejando que la humedad empapara sus nudillos y la cara interna de sus dedos—. Lo que he hecho no merece ningún respeto.

McKenna enrojeció de ira.

—Ya has pagado por ello. Fuiste un preso político durante doce años. Sacrificaste una docena de años por la causa. Cualquiera republicano respetaría eso. —La expresión del político se suavizó—. Pero lo estás echando todo por la borda, Gerry. La gente ha empezado a darse cuenta. Cada noche estás en el bar, borracho perdido y hablando solo.

—No hablo solo. —Fegan alzó la mano para señalar al cortejo, pero se abstuvo.

—Entonces, ¿con quién hablas? —La voz de McKenna tembló al soltar una carcajada de exasperación.

—Con las personas que he matado. Las personas que matamos nosotros.

—Cuidado con lo que dices, Gerry. Yo no he matado a nadie.

Fegan fijó la vista en los ojos azules de McKenna.

—Ya, los tipos como tú y McGinty erais demasiado listos para hacer el trabajo vosotros. Utilizabais a imbéciles como yo.

McKenna cruzó los brazos sobre su fornido pecho.

—Nadie tiene las manos limpias.

—¿Qué más? —preguntó Fegan—. Dijiste «para empezar». ¿Qué más quieres?

McKenna dio una vuelta por la habitación, seguido por el chico, y Fegan se volvió en su butaca para observarlo.

—Necesito saber qué fue lo que le dijiste a esa mujer —dijo McKenna.

—Nada —contestó Fegan—. Soy hombre de pocas palabras. Ya lo sabes.

—No es cierto. Pero una fuente de toda confianza me ha dicho que dentro de unos días la policía va a empezar a hurgar en la ciénaga cerca de Dungannon. En el lugar donde enterramos a ese chico. Su madre les dijo dónde debían excavar. —McKenna se detuvo en el centro de la habitación, junto a Fegan, en actitud amenazante—. ¿Cómo se enteró, Gerry?

—¿Qué importa? —replicó Fegan—. Joder, ya no debe de quedar nada de ese chico. Han pasado más de veinte años.

—Por supuesto que importa —contestó McKenna—. Si abres la boca, eres un soplón. Y ya sabes lo que les pasa a los soplones.

Fegan clavó los dedos en los reposabrazos de la butaca.

McKenna se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en los muslos.

—¿Por qué, Gerry? ¿Por qué se lo dijiste a esa mujer? ¿Qué ibas a conseguir con ello?

Fegan se devanó los sesos en busca de una mentira, pero no se le ocurrió ninguna.

—Pensé que me dejaría en paz —respondió.

—¿Qué? —McKenna se enderezó.

—Supuse que desaparecería —contestó. Miró al chico que apuntaba con los dedos a la cabeza del político—. Pensé que me dejaría tranquilo. Que me dejaría en paz.

McKenna retrocedió un paso.

—¿Quién? ¿El chico?

—Pero no era eso lo que quería.

—Joder, Gerry —exclamó McKenna sacudiendo la cabeza—. ¿Qué te ha ocurrido? Creo que deberías ir a ver a un médico, cuanto antes mejor. Marcharte una temporada.

—Es posible —respondió mirándose las manos.

—Escucha —McKenna apoyó una mano en el hombro de Fegan—. Mi fuente sólo habla conmigo, con nadie más. Has sido un buen amigo mío durante muchos años, y ésa es la única razón por la que no le he contado esto a McGinty. Si supiera que te habías ido de la lengua con la vieja, lo que encontraría la policía sería tu cadáver.

Fegan quería apartarse para que retirase la mano de su hombro. Pero no se movió.

—Como es natural, quizá necesite que me devuelvas el favor. Podría encargarte unos trabajos. Unos negocios de los que

McGinty no está enterado. Si eres capaz de dejar la bebida, de mantenerte sobrio, podrías serme muy útil. Y McGinty no tiene por qué enterarse de lo que le dijiste a la madre de ese chico.

Fegan observó que el rostro del muchacho se contraía mientras las otras sombras se congregaban a su alrededor.

—¿Comprendes lo que te digo, Gerry?

—Sí.

—Buen chico. —McKenna sonrió.

Fegan se levantó.

—Tengo que ir a mear —dijo.

McKenna retrocedió.

—No tardes.

Subió la escalera y entró en el baño. Cerró la puerta con el pestillo, pero, como siempre, los que lo seguían entraron tras él. Excepto el chico. Fegan no le dio importancia, esforzándose en mantenerse derecho mientras orinaba. Hacía tiempo que se había acostumbrado a que los doce estuvieran presentes en esos momentos tan poco dignos.

Después de tirar de la cadena, se lavó las manos y abrió la puerta. El chico estaba en el rellano, esperándole, con la vista fija en la oscuridad de su dormitorio.

Éste se detuvo unos momentos, confundido, sintiendo un martilleo en las sienes y el frío que pulsaba en su corazón.

El muchacho señaló la habitación.

—¿Qué? —preguntó Fegan.

El chico esbozó una mueca y extendió su escuálido brazo hacia la puerta.

—De acuerdo —dijo. Echó a andar hacia su dormitorio y se volvió.

El muchacho le siguió en la oscuridad y se arrodilló a los pies de la cama, señalando debajo de ella.

Fegan se arrodilló también y miró. La tenue luz que emanaba del rellano iluminó la vieja caja de zapatos que estaba oculta allí.

No tenía más que alargar el brazo para tocarla. Atrajo la caja hacia sí y notó que algo pesado se movía en su interior. El corazón empezó a latirle aceleradamente. Al retirar la tapa le asaltó un olor grasiento a dinero. La caja contenía fajos de billetes enrollados de veinte, cincuenta y cien libras. No sabía cuánto dinero había allí. Nunca lo había contado.

Pero había algo más, un objeto frío y negro semioculto entre el papel. Un objeto que Fegan no quería tocar. En la penumbra de la habitación, su mirada se cruzó con la del chico.

—No —dijo.

El chaval señaló el objeto con el dedo.

—No —repitió Fegan. La palabra tenía un regusto insípido sobre su lengua.

El muchacho abrió la boca al tiempo que se tiraba del pelo. Antes de que rompiera a gritar, Fegan sacó la Walther P99 del nido en el que reposaba.

El chico sonrió, mostrando una dentadura reluciente. Fingió deslizar la corredera hacia atrás para insertar el primer cartucho.

Fegan miró al muchacho, luego la pistola y de nuevo al chico. Éste asintió con la cabeza. El hombre retrajo la corredera hacia atrás y la soltó, percibiendo el sonido de las piezas engrasadas al moverse. El arma tenía un tacto sólido, como cuando estrechas la mano de un viejo amigo.

El muchacho sonrió, se levantó y se dirigió hacia el rellano.

Fegan observó la Walther. La había comprado unas semanas después de salir de Maze, para protegerse, y sólo la sacaba de la caja para limpiarla. Acarició el gatillo curvado dentro del guardamonte.

El chico aguardaba en el umbral.

Fegan se levantó y le siguió hasta la escalera. El muchacho empezó a descender; su cuerpo delgado y grácil parecía inmune a las luces de la planta baja.

Él bajó lentamente. Una descarga de adrenalina le suscitó re-

cuerdos sombríos, voces que hacía tiempo que habían enmudecido, rostros semejantes a manchas de sangre. Los otros le siguieron escaleras abajo, mirándose entre sí. Cuando llegó a la planta baja, vio la espalda de McKenna. Estaba examinando una vieja fotografía de la madre de Fegan, en la que aparecía posando en un portal, joven y atractiva.

El chico atravesó la habitación y escenificó de nuevo la ejecución del hombre que le había destrozado con un martillo de orejas hacía más de veinte años.

Fegan respiraba trabajosamente y el corazón le latía con tal violencia que estaba seguro de que McKenna lo oiría.

El chaval lo miró y sonrió.

—Si lo hago, ¿me dejarás en paz? —preguntó Fegan.

El chico asintió con la cabeza.

—¿Qué? —McKenna dejó la fotografía enmarcada. Se volvió hacia la voz y se quedó helado al ver la pistola apuntándole a la frente.

—No puedo hacerlo aquí.

La sonrisa del chico se disipó.

—En mi casa, no. Tiene que ser en otro sitio.

El muchacho volvió a sonreír.

—¡Joder, Gerry! —McKenna emitió una risita nerviosa al tiempo que alzaba las manos—. ¿Qué te propones?

—Lo siento, Michael. Tengo que hacerlo.

McKenna dejó de sonreír.

—No lo entiendo, Gerry. Somos amigos.

—Cogeremos tu coche. —De pronto Fegan lo vio todo con meridiana claridad. Por primera vez en muchos meses, la mano no le temblaba.

—Y una mierda —replicó McKenna con gesto despectivo.

—Cogeremos tu coche —repitió Fegan—. Tú te sentarás delante y yo detrás.

—Gerry, has perdido el juicio. Deja esa pistola antes de que hagas algo de lo que te arrepentirás.

—Al coche —insistió Fegan avanzando unos pasos.

McKenna extendió el brazo.

—Vamos, Gerry. Procuremos tranquilizarnos, ¿de acuerdo? ¿Por qué no me das la pistola para que la guarde? Luego nos tomaremos una copa.

—No te lo repetiré.

—Déjate de tonterías, y dame la pistola.

McKenna trató de arrebatarle el arma, pero Fegan apartó la mano y le apuntó de nuevo al centro de la frente.

—Siempre fuiste un capullo desquiciado. —El político se dirigió a la puerta sin quitarle ojo. La abrió y salió a la calle. Miró a izquierda y derecha, a derecha e izquierda, en busca de un testigo. Cuando Fegan le vio adoptar una postura de derrota, comprendió que no había nadie observando. No era el tipo de calle donde la gente espía a través de los visillos.

El sistema electrónico de cerradura del Mercedes captó la presencia de la llave y empezó a emitir un zumbido y un sonido metálico cuando McKenna se acercó.

—Abre la puerta trasera —dijo Fegan.

El otro obedeció.

—Ahora siéntate delante y deja la puerta abierta hasta que yo me haya montado. —Siguió apuntándole con la Walther a la cabeza hasta que se sentó al volante.

Fegan se instaló en la parte posterior, procurando no tocar la tapicería de cuero con las manos. Utilizó un pañuelo para cerrar la puerta. Tom le había visto marcharse con el político, de modo que no importaba que hallaran sus huellas dactilares alrededor del asiento del copiloto. McKenna permaneció inmóvil, con las manos apoyadas en el volante.

—Cierra la puerta y arranca.

El político puso en marcha el potente motor del Mercedes y partieron. Fegan miró a través de la ventanilla posterior y vio a los doce observando desde la acera. El chico bajó a la calzada y agitó la mano.

Fegan se tumbó en la envolvente oscuridad. Oprimió el cañón de la pistola contra el dorso del respaldo del asiento del conductor, donde estaría el corazón de McKenna, suponiendo que tuviera uno.